

Joxerra

UNA ASCENSIÓN INACABADA



“Si desde algún pico del Pirineo occidental contemplamos el maravilloso mar de cumbres que nos rodea, en esa sinfonía desordenada y hermosa de picos, más o menos similares en la distancia, nuestra vista se fija asombrada en algo diferente. Hay uno que destaca alcanzando toda su altura en un solo impulso, sin apoyarse en cumbres secundarias. Sus paredes apenas si están blancas, aun en pleno invierno, porque la nieve no puede posarse en aquellas verticalidades. De lejos parece un pico un tanto sombrío que no se aviene con las montañas circundantes, más blancas y plácidas. Esta montaña única e incomparable es el Midi d’Ossau. El Midi es, sin la menor duda, la montaña más individualizada, la más abrupta y la más rica en escaladas difíciles de todo el Pirineo. Hoy es uno de los polos

donde se concentra con más intensidad la escalada en roca del Pirineo". (Marcos Feliú: La conquista del Pirineo)

El Midi es realmente un monumento aparte en toda la cadena pirenaica; su primer conquistador oficial fue Guillaume Delfau, acompañado de un pastor llamado Mathieu, en el año 1797, pero con anterioridad ya existía un enorme mojón de piedras en su cumbre elaborado por mano anónima.

A finales del mes de julio, mi habitual compañero de andanzas montañeras y gran amigo Xabi y el que esto escribe, teníamos pensado hacer una salida al Pirineo, pero algo un poco fuera de lo habitual, por lo menos para nosotros. En un principio pensamos en la ruta llamada "la gran Diagonal", situada en el contrafuerte suroeste del Balaitous, previa pernoctación en el llamado "abrigó Michaud". Se trata de una semicueva terminada de cerrar artificialmente con piedras, situada a 2.700 metros y con un pequeña puerta metálica de acceso, un auténtico nido de águilas con vistas al pico Palas y los lagos de Arriel. Pero el último invierno ha sido muy pródigo en nieves y calculamos que la ruta que queríamos hacer no estaría en muy buenas condiciones si a la inestabilidad del terreno añadíamos la gran cantidad de nieve que tenía que haber todavía allí arriba. Una vez descartado el citado objetivo, optamos por intentar subir el Midi d'Ossau por su vía normal; definitivamente este sería nuestro objetivo: la alta cumbre del Midi.



Comenzamos a planear la salida y dos miembros más se unieron a nuestro proyecto, ya que les gustó la idea: se trataba de un compañero mío de trabajo, un auténtico atleta

que cuenta con un historial envidiable en carreras de fondo y medio fondo; el otro, taxista de profesión, con una corta pero intensa vida alpinística y prueba de ello es los 8.400 metros alcanzados en las laderas del monte Everest dos meses antes de acompañarnos en nuestra excursión.

Una vez concretado el grupo de cuatro componentes, salimos con mi coche a media mañana del 22 de julio del presente año. Sin prisas llegamos a Jaca, donde en una pequeña taberna “un poco especial”, dimos cuenta de un plato combinado (eso sí, un poco escaso); después del consabido café, continuamos nuestro periplo carreteril por el para nosotros archiconocido valle de Tena hasta el puerto de Portalet (1.794 metros). Una vez rebasado el alto, continuamos un kilómetro y medio por el lado francés aparcando el vehículo a la derecha de la carretera, en un lugar preparado a tal efecto (1.720 metros); allí preparamos las mochilas, concretamos lo que subíamos y lo que se iba a quedar en el coche.



Con unas mochilas que pesaban más de lo que habríamos deseado, iniciamos el ascenso al refugio de Pombie, situado a 2.030 metros, bajo la mirada de la alta cima, meta de nuestros propósitos. Pasando por el hermoso valle y centro pastoril de Aneu, nos encaramamos a la corta pero empinada pendiente que nos eleva hasta el collado del mismo nombre, situado a 2.110 metros, teniendo que pasar por un nevero de notables dimensiones, siendo esta una circunstancia no muy frecuente teniendo en cuenta la altura y la fecha del año en que estábamos. Desde este punto, quince minutos de suave y relajado descenso nos depositaba al lado del histórico refugio, bajo la aplastante

mole que se erguía sobre nuestras cabezas. Una vez verificada en el refugio la posibilidad de montar nuestras tiendas en los alrededores del mismo -ya había llamado desde casa con anterioridad-, nos retiramos unas decenas de metros y montamos nuestras pequeñas tiendas al lado de otras que pertenecían a unos ingleses (hay que



tener en cuenta que al ser un monte tan carismático, es muy concurrido por montañeros de muchos países). Una vez instalados nos fuimos a vaguear al borde del pequeño y hermoso lago que teníamos al lado, rodeado de algunos rododendros. Filosofando sobre la vida y sus vicisitudes, pasamos gran parte de la tarde, no cansándonos de admirar la majestuosidad de la montaña que teníamos como objetivo.

Cuando la tarde iba decayendo, creímos que era buen momento para pensar en la cena: dicho y hecho; de nuestras mochilas comenzaron a salir viandas de todo tipo: atún con tomate, tortilla, pollo rebozado, huevos cocidos... todo ello regado con vino, coca-



cola o agua, al gusto del comensal. Una vez satisfechos los estómagos, nos dedicamos a admirar el hermoso paisaje que teníamos delante de nuestros ojos: Balaitous, Arriel, Palas, Vignemale, Infierno... que resaltaba más su belleza si cabe con la rosada luz del atardecer; las cámaras fotográficas tuvieron un cuarto de hora de trabajo intensivo. Una vez calmado nuestro espíritu artístico, nos acercamos al refugio a tomar un reconfortante café y verificar el tiempo previsto para el día siguiente. Con la comprobación en el panel del refugio de que hasta la tarde no tendríamos tormenta, nos metimos en nuestros respectivos sacos de dormir algo más tarde de las diez, ya que el toque de corneta sería a las seis de la mañana.

Nos acomodamos los cuatro en las reducidas dimensiones de nuestras dos pequeñas tiendas. Morfeo tardaba en presentarse y el sueño no fue muy reparador; a las cuatro y media de la mañana, la lluvia nos obliga a meter las mochilas en el interior de las tiendas... "sólo ha sido un chaparrón" pienso. A las seis menos cinco, lloviendo, salgo de mi tienda y me acerco a la de mi amigo Xabi.... ¿Qué hacemos? le pregunto: optamos por esperar un poco. Sigue lloviendo, amanece y parece que quiere mejorar el tiempo; por lo menos para de llover. Indecisos, nos levantamos y desayunamos; las mochilas para la ascensión las tenemos preparadas desde el día anterior, la experiencia de muchos años en la montaña así nos lo dicta.

Sin estar convencidos del todo iniciamos la ascensión bastante tarde, pero como las previsiones de tormenta son para la segunda parte del día y calculando que en seis horas estaremos de vuelta en las tiendas, vamos algo animados. El comienzo del itinerario pasa por un canchal enorme, derrubios de la inmensa pedrera que baja entre



el Petit Pic y Grand Pic; atravesamos algún nevero más y nos enfrentamos a la primera cuesta del día -suave para lo que nos espera- hasta el collado “Col de Suzon” (2.125 metros). En este punto giramos radicalmente a la izquierda, tomando la verdadera “cuestecita” y viendo de frente toda la muralla por donde discurre nuestro itinerario; se trata de una muralla ligeramente tumbada de unos trescientos metros de altura, donde ningún paso de escalada supera el tercer grado. La vía normal de este arrogante pico pirenaico es célebre por oponer algunas dificultades al montañero y sembrar la duda en el espíritu de los neófitos. Una vez en la base de la pared, nos ponemos los cascos (imprescindibles por la gran cantidad de piedras sueltas) y dejamos los bastones escondidos en una grieta en las rocas.

Comenzamos la trepada de la primera chimenea (son tres en todo el itinerario), que nos mete en “salsa”. Iñigo se para a hablar con Fernando Garrido, famoso alpinista maño que iba en concepto de guía con dos clientes y al cual conoció durante su ascensión al Aconcagua. Nosotros, mientras, superamos la primera chimenea, a la cual le queda una de las diversas barras de hierro que jalonaban este itinerario, que fueron quitadas en 1966 ya que desvirtuaban la categoría de esta ascensión. Si mal no recuerdo, sólo quedan esta de la primera chimenea y otra en la salida de la segunda, muy estratégicamente dejadas. Una vez superadas las primeras dificultades, continuamos por una zona de trepada-sendero, que nos hace resoplar, hasta la base de la segunda chimenea. Esta es la más larga (unos treinta metros) y tiene algunos pasos de escalada algo más serios sobre todo en la salida, pero la centenaria barra de hierro allí colocada es un ángel de la guarda para el ascensionista que por allí transita y gracias a ella se sale de allí sin dificultad alguna. Hasta ese momento no sacamos la cuerda de la mochila, no lo vimos



necesario. Durante la ascensión coincidimos con tres chavales de Zaragoza, los tres entre los 27 y 29 años; uno de ellos estudiaba para ser guía de alta montaña. Continuamos la ascensión. La tercera chimenea era más sencilla que las dos anteriores y la superamos sin dificultad ninguna, ya que era una simple trepada. Aquí vamos viendo que el tiempo va tomando un tinte distinto y ya vamos con la mosca en la oreja; una vez superadas las dificultades técnicas, pasamos al lado de la flecha de hierro que nos indica que estamos en el paraje llamado “El Portillón” (2.657 metros). Desde este punto tan sólo se trata de



remontar las pendientes finales y carentes de dificultad alguna hasta la cima; cae la primera gota de lluvia a la que le sigue la segunda, el cielo en cuestión de segundos se cubre de un gris amenazador. A continuación se oye el primer trueno y ahí nos quedamos mirándonos entre nosotros, pues ya sabemos lo que significa una tormenta en esa altura y más teniendo en cuenta el lugar tan expuesto donde nos encontramos, que es la antecima del Midi. Alguno todavía opina dejar las mochilas junto a una roca y subir



los últimos metros lo más rápido posible (80 metros, según el altímetro) pero unos madrileños que bajan a toda prisa de la cima nos disuaden de ello, comentando “que por ahí atrás viene muy feo”. La lluvia y los truenos se intensifican por momentos y comenzamos a ver los primeros rayos.

Como mandan los cánones de seguridad en la montaña, nos acurrucamos bien pegados a la pendiente de la montaña, tapando o guardando todo elemento metálico, tratando de minimizar el riesgo de impacto del rayo, que era lo que más nos preocupaba. Allí acurrucados, con el granizo golpeando en nuestros cascos y notando como el agua helada corre por nuestros cuerpos, titiritando por el frío, la mojadura y la preocupación de ver como los rayos caían en las cimas secundarias que nos rodeaban, no nos hacíamos muy buenos presagios teniendo en cuenta el itinerario de bajada, con toda la roca mojada y las cuerdas inevitablemente también. Entre castañeteo de dientes, uno de los jovenzuelos maños nos preguntó si podían bajar con nosotros: naturalmente que sí, la montaña es un lugar donde el compañerismo y la solidaridad se dan por supuesto. Todos estábamos tranquilos, pero ellos, por su bisoñez, un poco más. Algunos ya hemos pasado por situaciones similares y sabemos lo que hay.

Algo más de una hora estuvimos en esa situación. Cuando comenzó a amainar la tormenta, empezamos a prepararnos para el descenso. Nos levantamos completamente rígidos, helados y anquilosados; nos apoyamos entre nosotros para colocarnos el baudrier para los rapeles del descenso; salimos de allí “a pantalón quitaú”. Nos vino muy bien la compañía de los maños, porque en los rápeles bajábamos con nuestra cuerda y el primero que bajaba era uno de los maños, así iba preparando el siguiente rapel con su cuerda para los demás. Alcanzamos a los madrileños que aguantaron la tormenta bastante más abajo que nosotros, pero en las mismas condiciones; los alcanzamos en el montaje de un rapel, pero no nos dejaron utilizar su cuerda: descendieron ellos y a continuación la recogieron, teniendo nosotros que echar la nuestra para continuar el descenso, con considerable pérdida de tiempo.

Según íbamos bajando el tiempo mejoraba por momentos, igual que nuestro ánimo, ya que veíamos el momento de pisar suelo firme más cerca. Con mucho cuidado fuimos destrepando y rapelando la parte inferior de la montaña hasta pisar tierra. ¡Qué descanso...! La climatología se unió al momento y quedó un día azul precioso; ahora todo era distensión, risas y las palabras nos salían a borbotones. Cada uno a su paso llegamos hasta donde teníamos instaladas nuestras tiendas, con gran parte de nuestras pertenencias que en ellas habíamos dejado mojadas, debido a la tormenta pasada; no nos importaba en absoluto, estábamos de nuevo abajo sanos y salvos, que era lo importante. Llegó la hora de despedirnos de los chavales; ya se sabe: deseos de buena suerte, fotos, intercambio de direcciones email... Ellos, después de un pequeño descanso, continuaron el descenso hacia su vehículo; nosotros teníamos más tiempo, comimos un poco, recogimos las tiendas, organizamos las mochilas, y ya sin prisa, recorrimos el corto camino de descenso hasta nuestro medio de locomoción, no sin echar una última mirada con un puntito de rencor a esa alta y solitaria montaña que es el Midi d’Ossau.